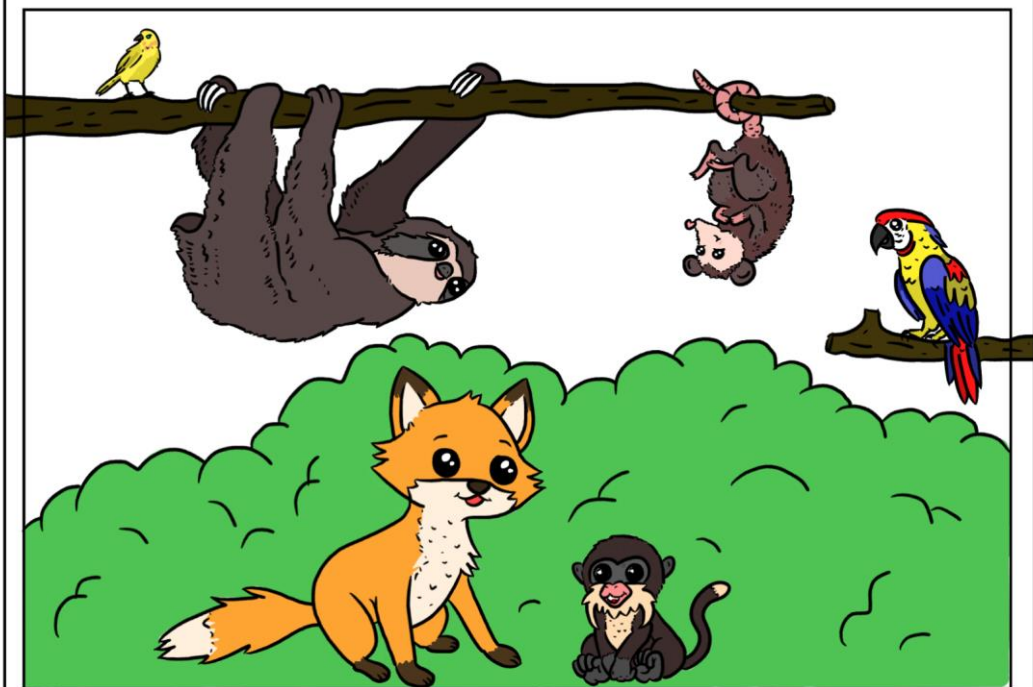


Las bayas del tiempo



F·A·S·E

Fauna silvestre y educación



Autores:

Katherine Sisquiarco Patiño

Sara Pulgarín Varela

Luz Natalia Franco Montoya

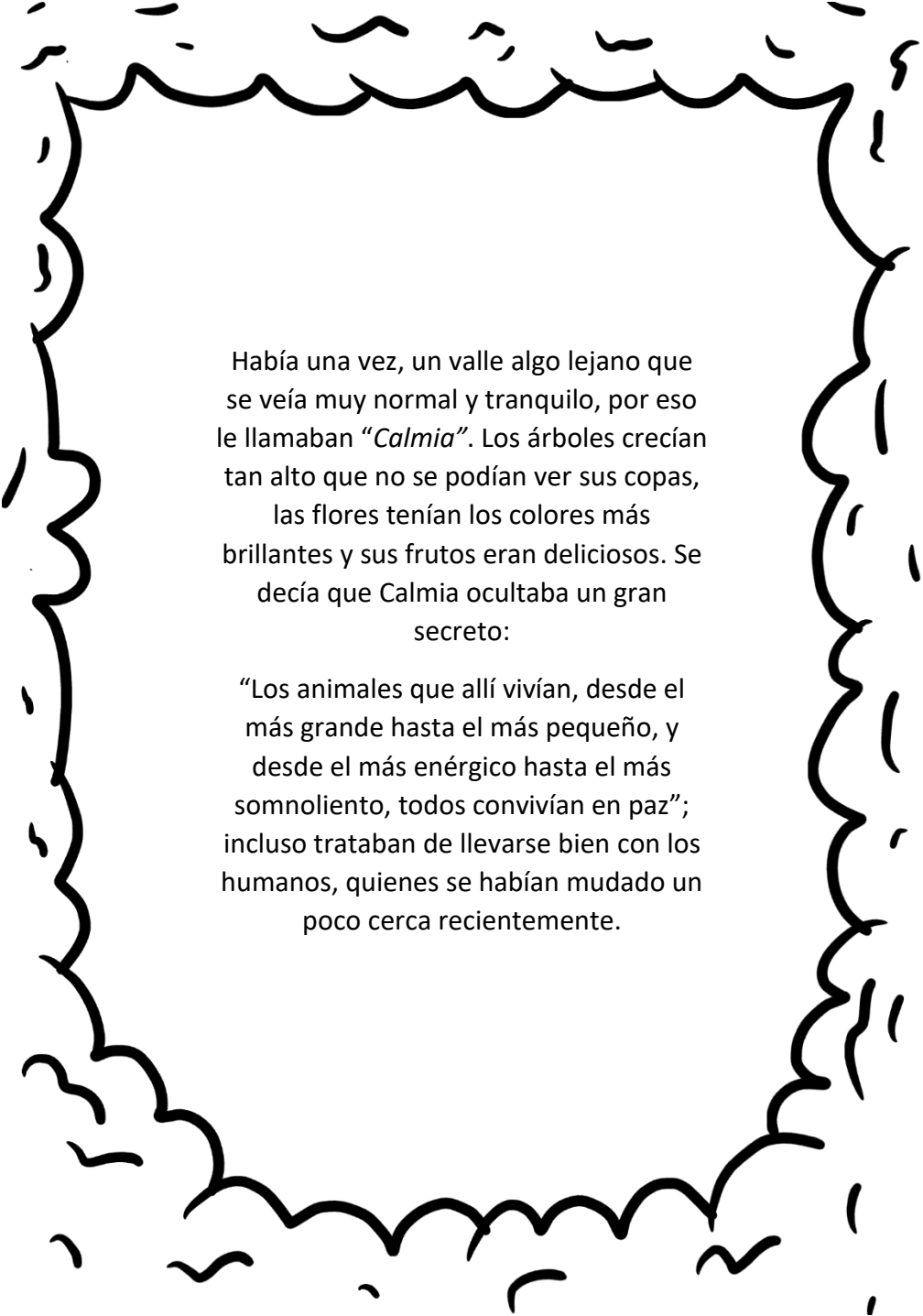
Ilustraciones por:

Katherine Sisquiarco Patiño

Proyecto: F.A.S.E

Fauna Silvestre y Educación

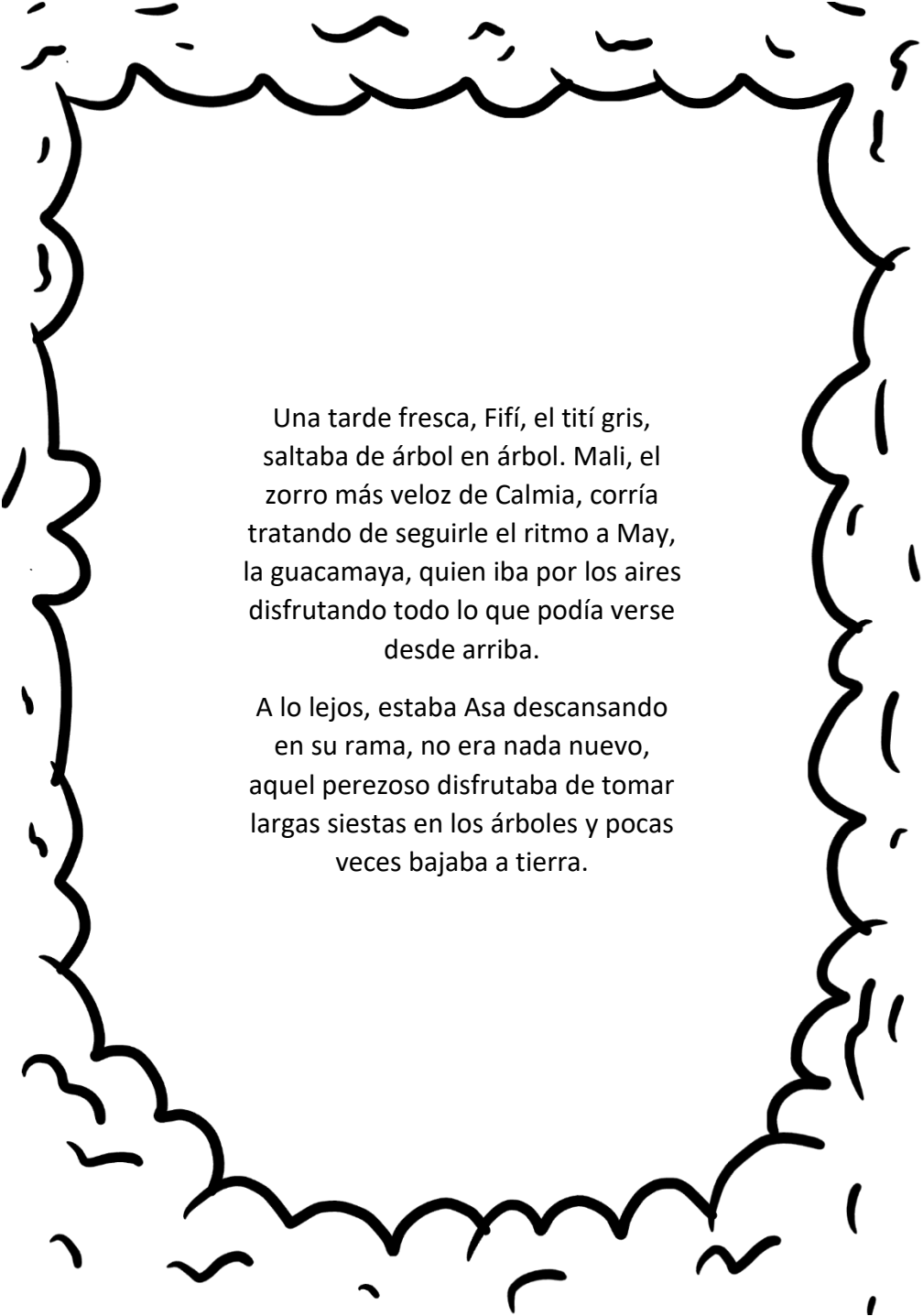
PROHIBIDA SU VENTA



Había una vez, un valle algo lejano que se veía muy normal y tranquilo, por eso le llamaban “*Calmia*”. Los árboles crecían tan alto que no se podían ver sus copas, las flores tenían los colores más brillantes y sus frutos eran deliciosos. Se decía que Calmia ocultaba un gran secreto:

“Los animales que allí vivían, desde el más grande hasta el más pequeño, y desde el más enérgico hasta el más somnoliento, todos convivían en paz”; incluso trataban de llevarse bien con los humanos, quienes se habían mudado un poco cerca recientemente.

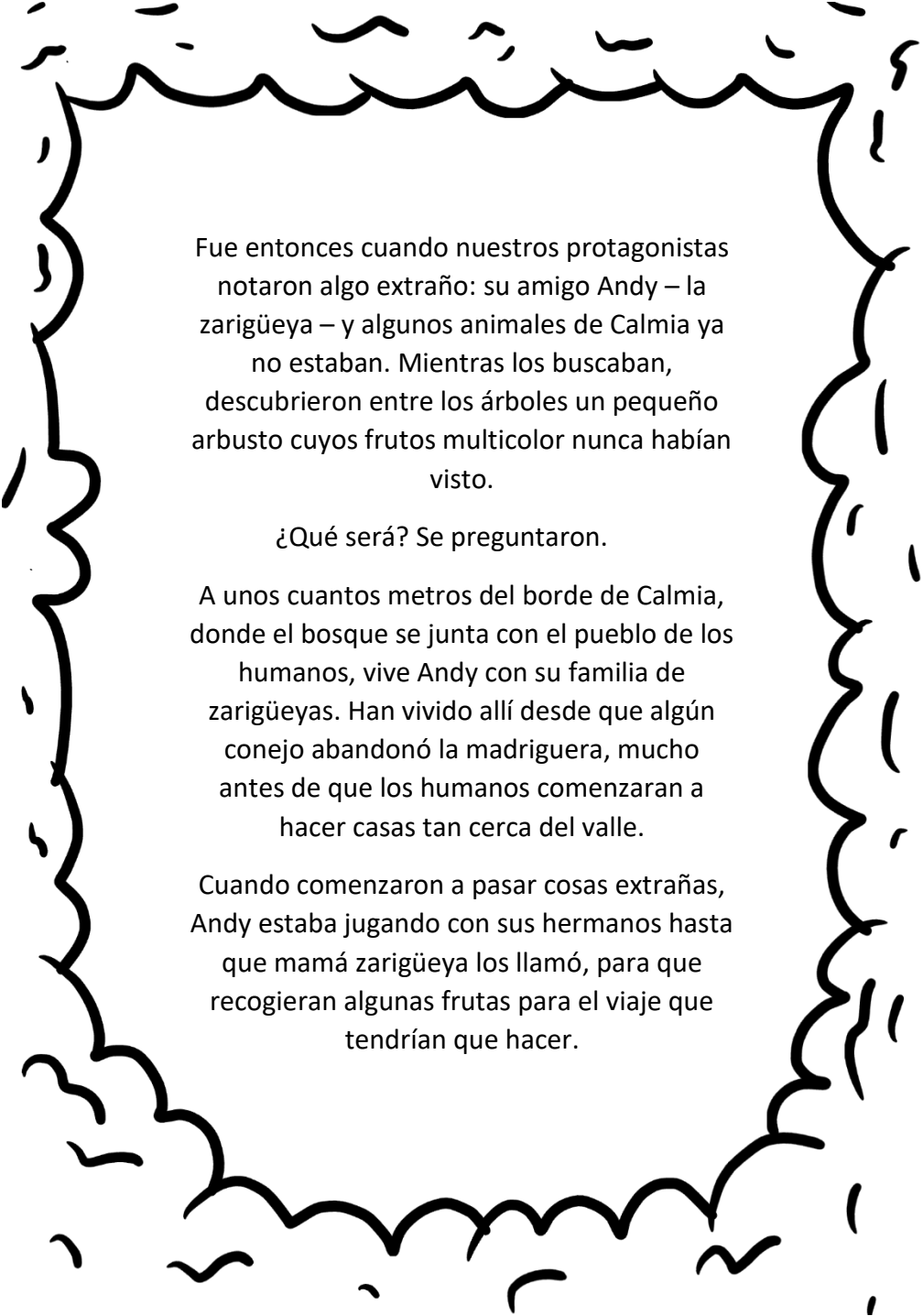




Una tarde fresca, Fifi, el tití gris,
saltaba de árbol en árbol. Mali, el
zorro más veloz de Calmia, corría
tratando de seguirle el ritmo a May,
la guacamaya, quien iba por los aires
disfrutando todo lo que podía verse
desde arriba.

A lo lejos, estaba Asa descansando
en su rama, no era nada nuevo,
aquel perezoso disfrutaba de tomar
largas siestas en los árboles y pocas
veces bajaba a tierra.



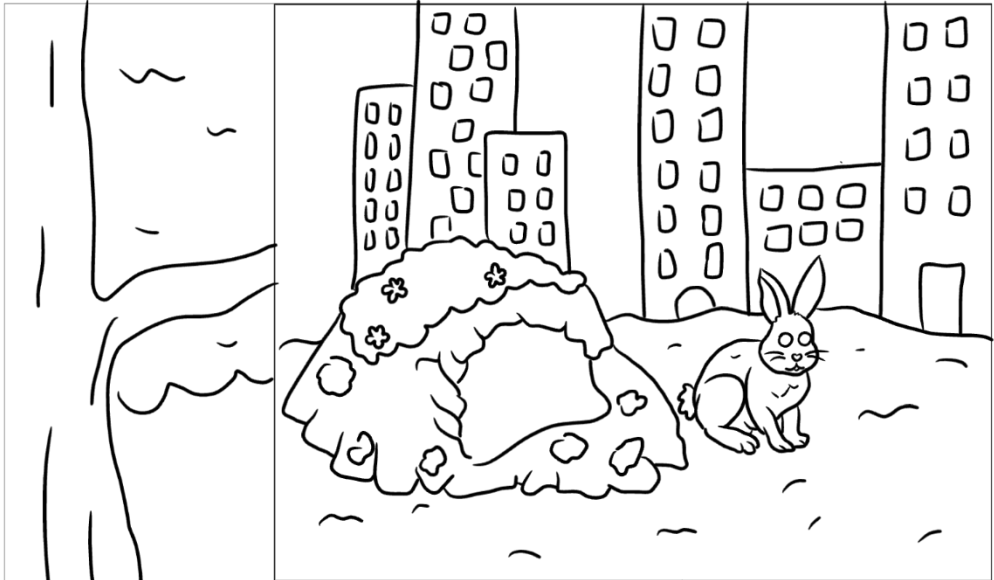


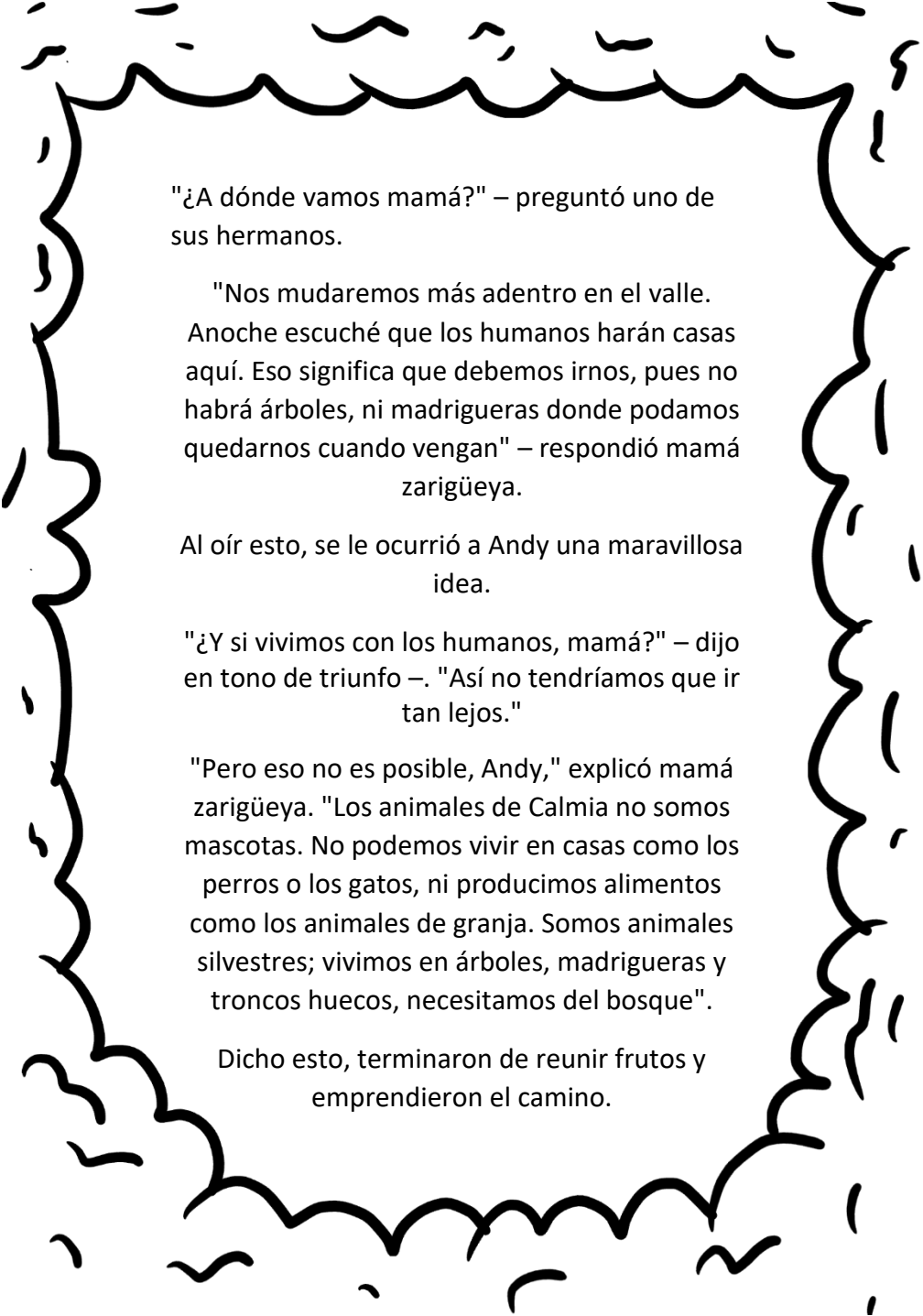
Fue entonces cuando nuestros protagonistas notaron algo extraño: su amigo Andy – la zarigüeya – y algunos animales de Calmia ya no estaban. Mientras los buscaban, descubrieron entre los árboles un pequeño arbusto cuyos frutos multicolor nunca habían visto.

¿Qué será? Se preguntaron.

A unos cuantos metros del borde de Calmia, donde el bosque se junta con el pueblo de los humanos, vive Andy con su familia de zarigüeyas. Han vivido allí desde que algún conejo abandonó la madriguera, mucho antes de que los humanos comenzaran a hacer casas tan cerca del valle.

Cuando comenzaron a pasar cosas extrañas, Andy estaba jugando con sus hermanos hasta que mamá zarigüeya los llamó, para que recogieran algunas frutas para el viaje que tendrían que hacer.





"¿A dónde vamos mamá?" – preguntó uno de sus hermanos.

"Nos mudaremos más adentro en el valle. Anoche escuché que los humanos harán casas aquí. Eso significa que debemos irnos, pues no habrá árboles, ni madrigueras donde podamos quedarnos cuando vengan" – respondió mamá zarigüeya.

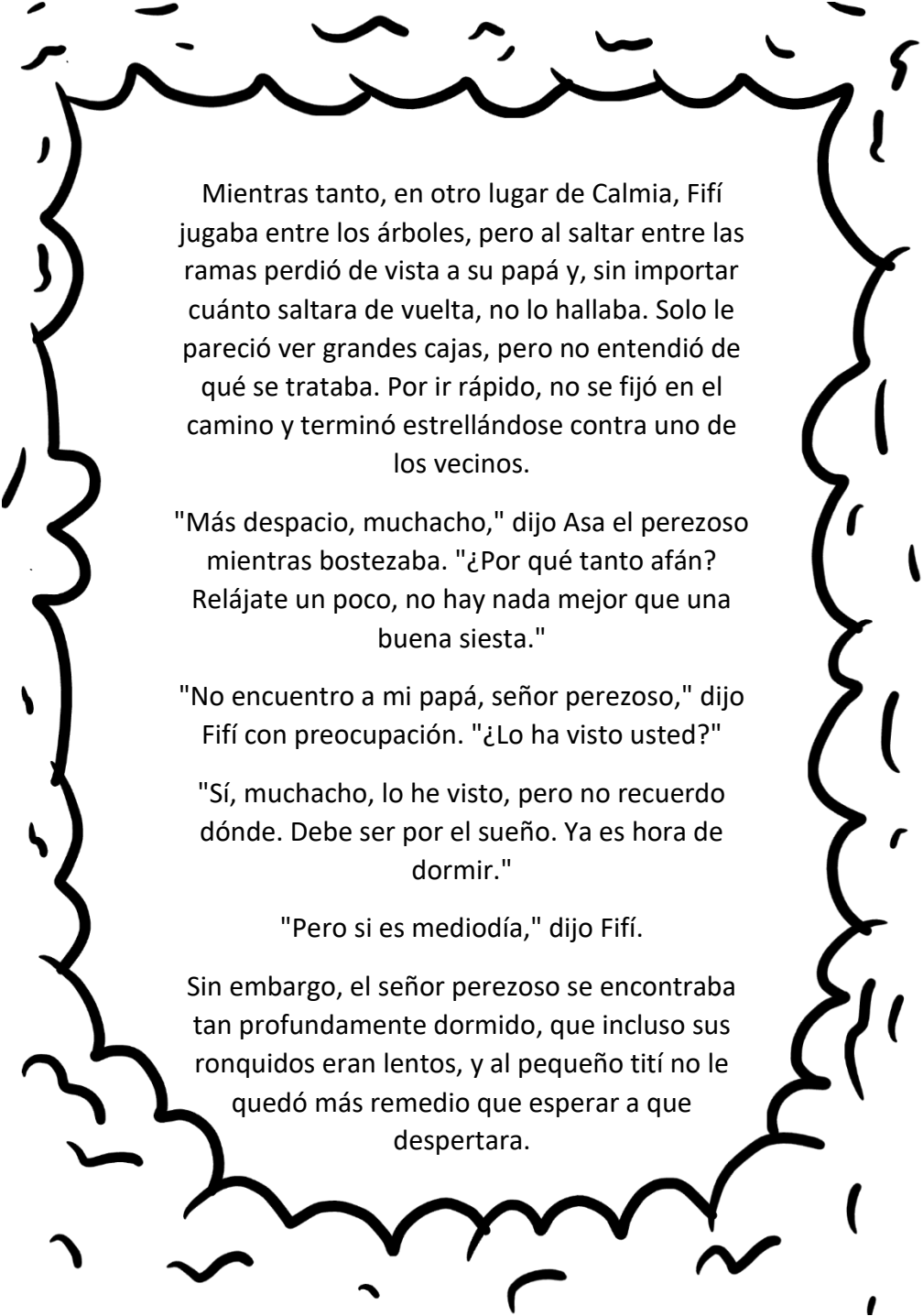
Al oír esto, se le ocurrió a Andy una maravillosa idea.

"¿Y si vivimos con los humanos, mamá?" – dijo en tono de triunfo –. "Así no tendríamos que ir tan lejos."

"Pero eso no es posible, Andy," explicó mamá zarigüeya. "Los animales de Calmia no somos mascotas. No podemos vivir en casas como los perros o los gatos, ni producimos alimentos como los animales de granja. Somos animales silvestres; vivimos en árboles, madrigueras y troncos huecos, necesitamos del bosque".

Dicho esto, terminaron de reunir frutos y emprendieron el camino.





Mientras tanto, en otro lugar de Calmia, Fifí jugaba entre los árboles, pero al saltar entre las ramas perdió de vista a su papá y, sin importar cuánto saltara de vuelta, no lo hallaba. Solo le pareció ver grandes cajas, pero no entendió de qué se trataba. Por ir rápido, no se fijó en el camino y terminó estrellándose contra uno de los vecinos.

"Más despacio, muchacho," dijo Asa el perezoso mientras bostezaba. "¿Por qué tanto afán? Relájate un poco, no hay nada mejor que una buena siesta."

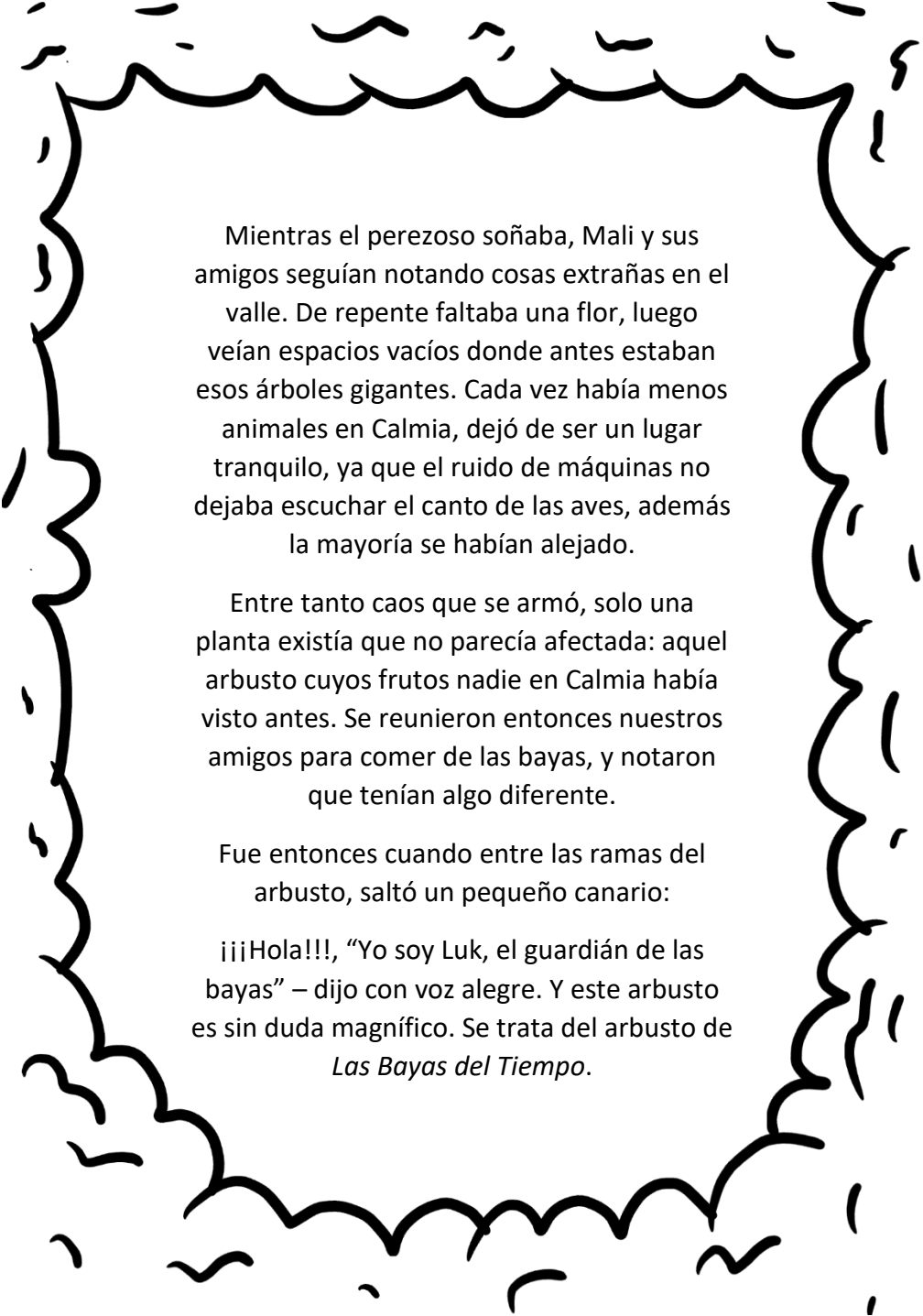
"No encuentro a mi papá, señor perezoso," dijo Fifí con preocupación. "¿Lo ha visto usted?"

"Sí, muchacho, lo he visto, pero no recuerdo dónde. Debe ser por el sueño. Ya es hora de dormir."

"Pero si es mediodía," dijo Fifí.

Sin embargo, el señor perezoso se encontraba tan profundamente dormido, que incluso sus ronquidos eran lentos, y al pequeño tití no le quedó más remedio que esperar a que despertara.





Mientras el perezoso soñaba, Mali y sus amigos seguían notando cosas extrañas en el valle. De repente faltaba una flor, luego veían espacios vacíos donde antes estaban esos árboles gigantes. Cada vez había menos animales en Calmia, dejó de ser un lugar tranquilo, ya que el ruido de máquinas no dejaba escuchar el canto de las aves, además la mayoría se habían alejado.

Entre tanto caos que se armó, solo una planta existía que no parecía afectada: aquel arbusto cuyos frutos nadie en Calmia había visto antes. Se reunieron entonces nuestros amigos para comer de las bayas, y notaron que tenían algo diferente.

Fue entonces cuando entre las ramas del arbusto, saltó un pequeño canario:

¡¡¡Hola!!!, “Yo soy Luk, el guardián de las bayas” – dijo con voz alegre. Y este arbusto es sin duda magnífico. Se trata del arbusto de *Las Bayas del Tiempo*.



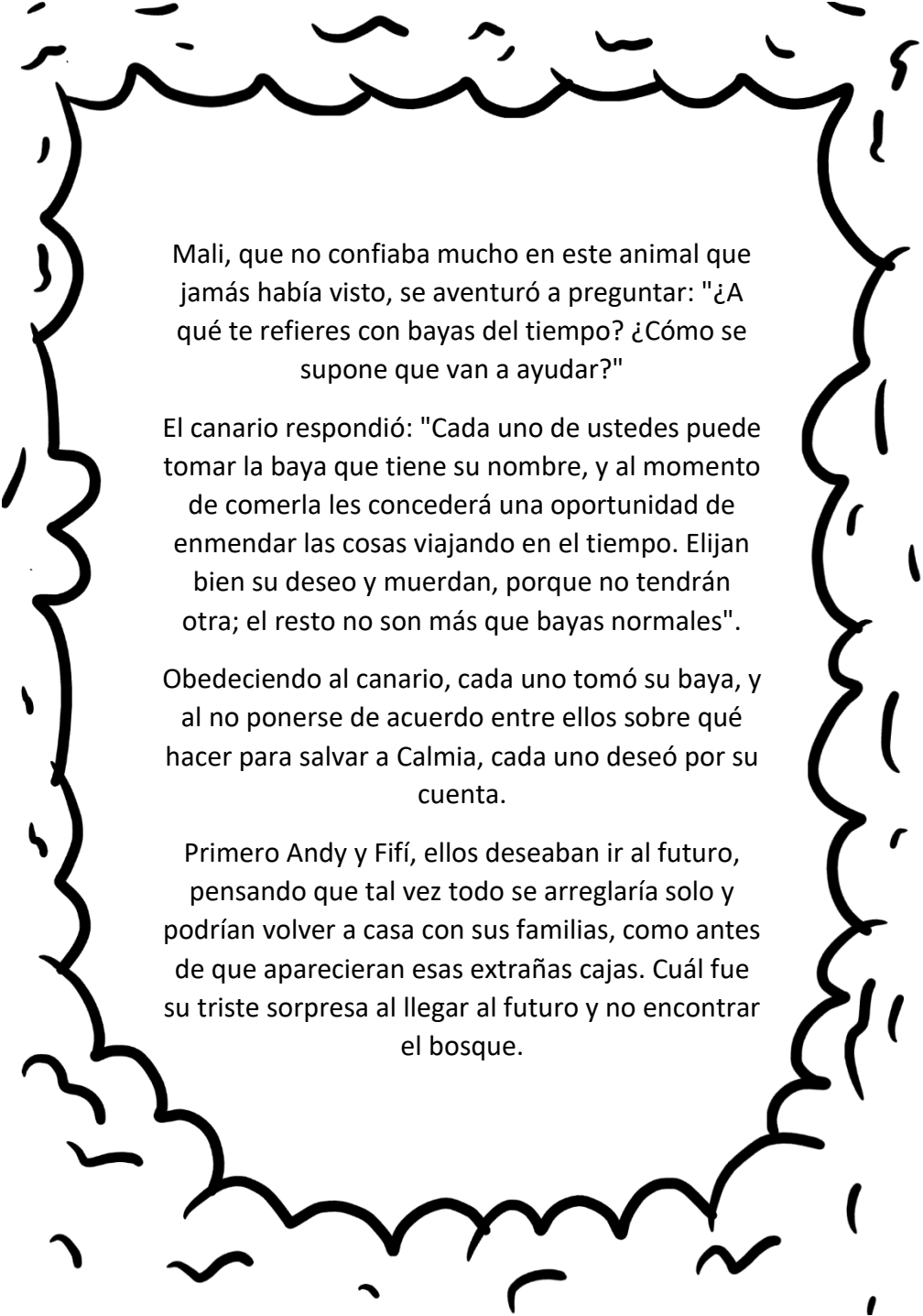
Asa

Fifi

Andy

May

Mali



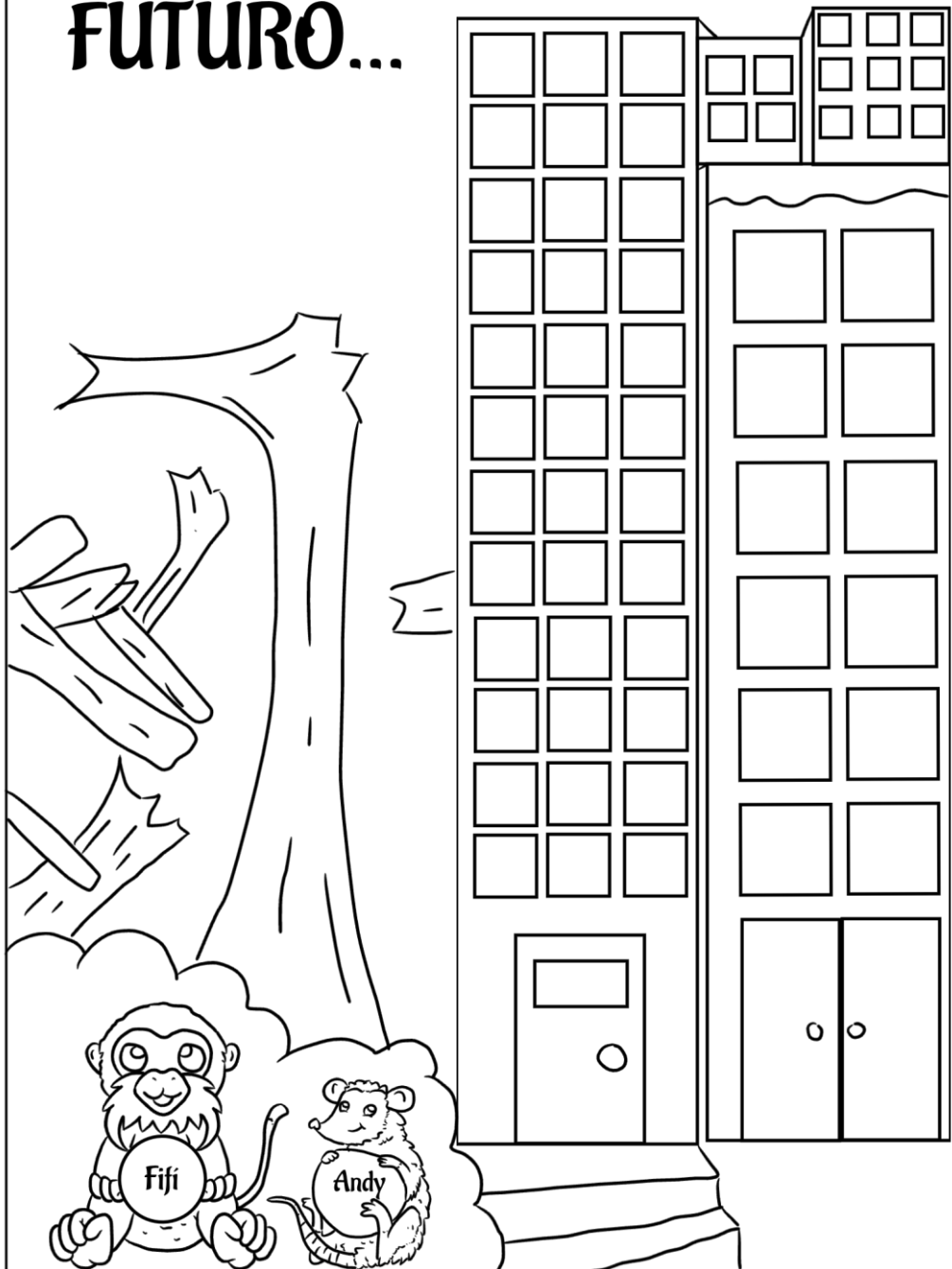
Mali, que no confiaba mucho en este animal que jamás había visto, se aventuró a preguntar: "¿A qué te refieres con bayas del tiempo? ¿Cómo se supone que van a ayudar?"


El canario respondió: "Cada uno de ustedes puede tomar la baya que tiene su nombre, y al momento de comerla les concederá una oportunidad de enmendar las cosas viajando en el tiempo. Elijan bien su deseo y muerdan, porque no tendrán otra; el resto no son más que bayas normales".

Obedeciendo al canario, cada uno tomó su baya, y al no ponerse de acuerdo entre ellos sobre qué hacer para salvar a Calmia, cada uno deseó por su cuenta.

Primero Andy y Fifí, ellos deseaban ir al futuro, pensando que tal vez todo se arreglaría solo y podrían volver a casa con sus familias, como antes de que aparecieran esas extrañas cajas. Cuál fue su triste sorpresa al llegar al futuro y no encontrar el bosque.

FUTURO...





Luego fue el turno de Mali y May, que fieles a su empeño para proteger, decidieron ir al pasado donde todo estaba tal como lo recordaban. Pero al dejar todo igual, de nada sirvió, porque con el pasar del tiempo regresaron al mismo punto.

En el arbusto quedaba solo un fruto con el nombre de Asa, pero aquel perezoso apenas despertaba en su rama. Le contaron la historia lo más rápido que pudieron: desear y morder parecía tan fácil, pero... ¿A dónde ir?, ¿Qué desear?, ¿Cómo salvar Calmia?.

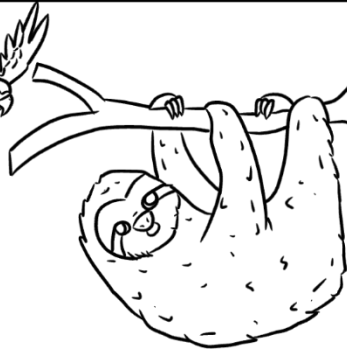
PASADO...

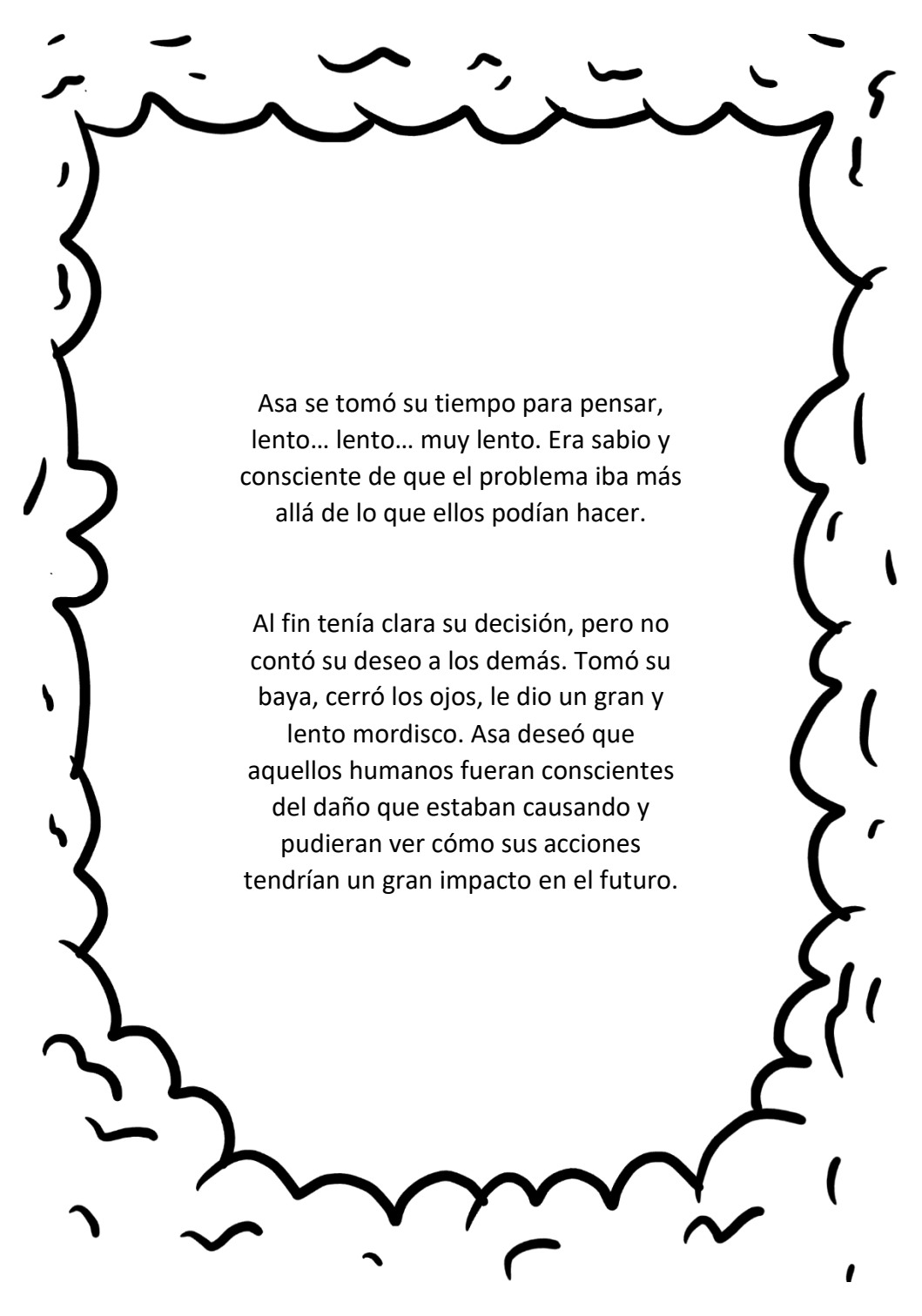


PRESENTE...

Asa

PRESENTE...

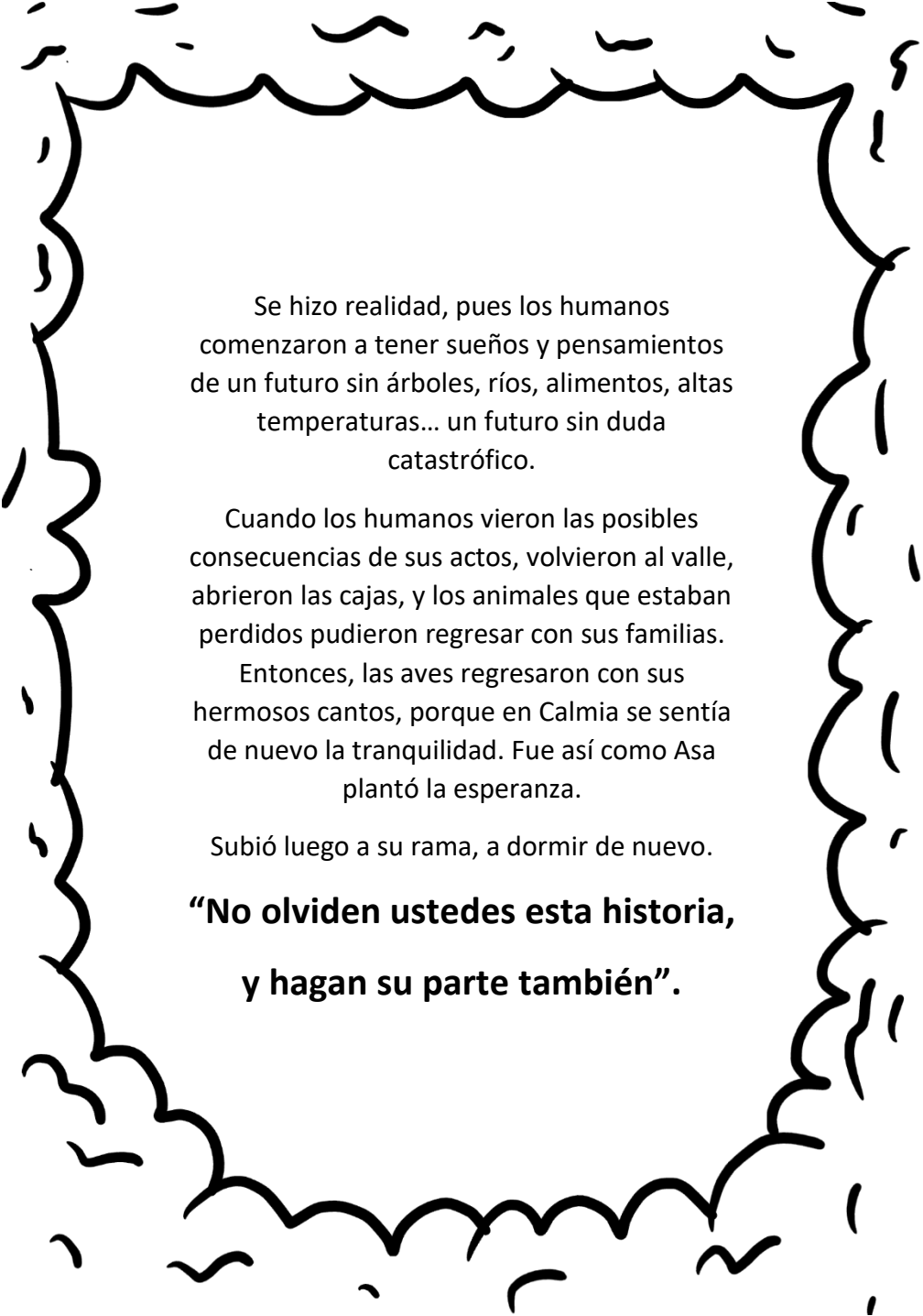




Asa se tomó su tiempo para pensar, lento... lento... muy lento. Era sabio y consciente de que el problema iba más allá de lo que ellos podían hacer.

Al fin tenía clara su decisión, pero no contó su deseo a los demás. Tomó su baya, cerró los ojos, le dio un gran y lento mordisco. Asa deseó que aquellos humanos fueran conscientes del daño que estaban causando y pudieran ver cómo sus acciones tendrían un gran impacto en el futuro.





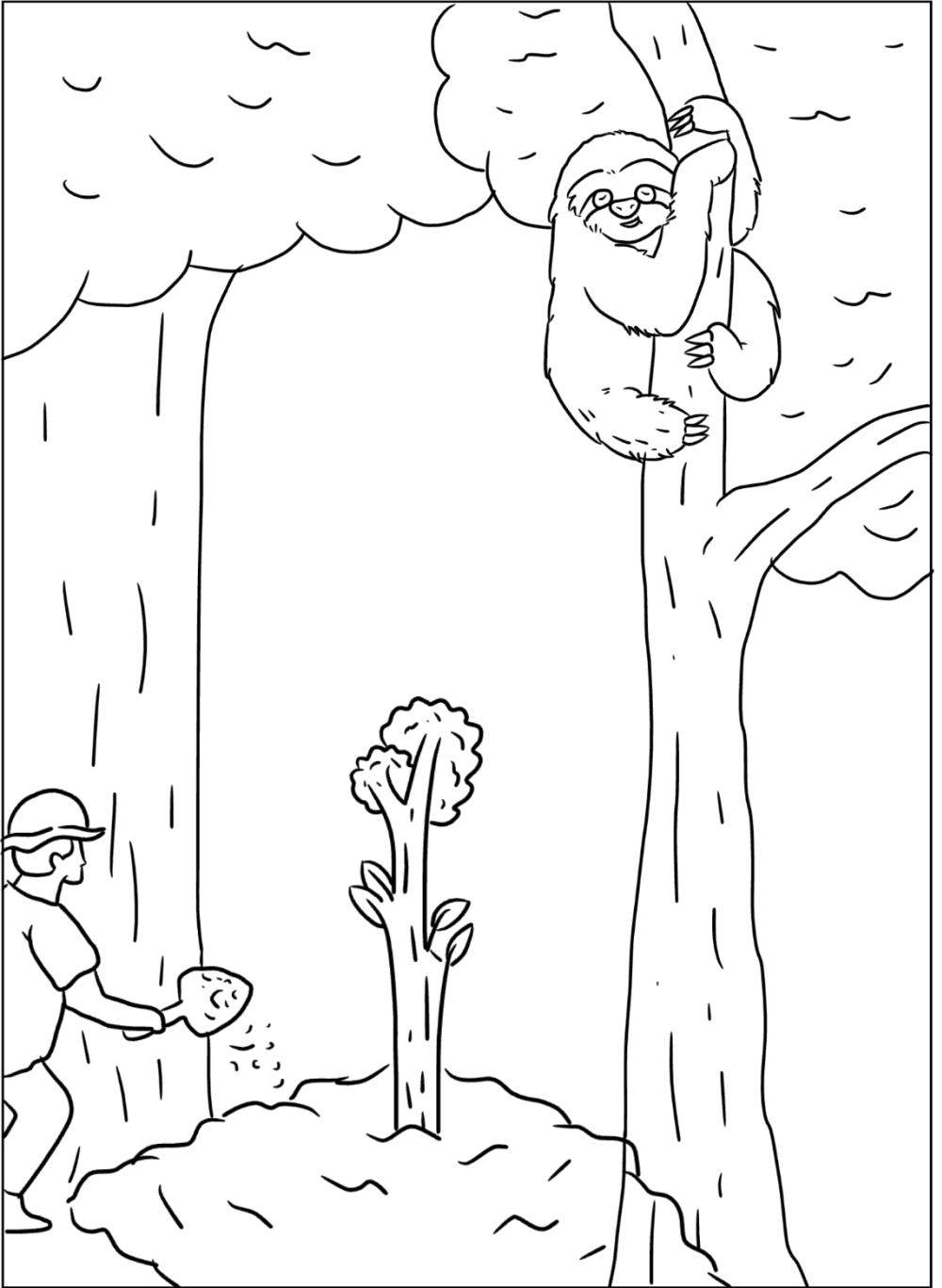
Se hizo realidad, pues los humanos comenzaron a tener sueños y pensamientos de un futuro sin árboles, ríos, alimentos, altas temperaturas... un futuro sin duda catastrófico.

Cuando los humanos vieron las posibles consecuencias de sus actos, volvieron al valle, abrieron las cajas, y los animales que estaban perdidos pudieron regresar con sus familias.

Entonces, las aves regresaron con sus hermosos cantos, porque en Calmia se sentía de nuevo la tranquilidad. Fue así como Asa plantó la esperanza.

Subió luego a su rama, a dormir de nuevo.

**“No olviden ustedes esta historia,
y hagan su parte también”.**





DIPLOMA DE RECONOCIMIENTO



certifica que:

Participó en la jornada de educación ambiental del
proyecto F.A.S.E en el municipio _____
el día _____



Línea de atención de Fauna Silvestre de Corantioquia

3218175002

Correo electrónico

corantioquia@corantioquia.gov.co

Líneas para denuncias:

Fiscalía General de la Nación

122

Policía Nacional Colombia

Área de Protección Ambiental y Ecológica de la Policía Nacional

123

PROHIBIDA SU VENTA